LA MUERTE LLEGÓ EN PATERA

Ernesto Rincón

LA MUERTE LLEGÓ EN PATERA

Ernesto Rincón

avant
editorial

Primera edición, enero de 2023
© Ernesto Rincón 20223

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19584-32-8
IBIC: FF

Gracias… gracias… gracias

Muy especialmente a mis prologuistas Paco y Rafi, por todo el tiempo que han invertido en mí, en mi libro. Gracias
A Pepe y Gonzalo por sus valiosas opiniones.
A mis amigos del Albayzín por su generosa información.
A Fouad por ayudarme a conocer mejor la cultura árabe.
A Ezequiel, mi amigo y editor, por seguir confiando en mí.
Un escritor amigo mío siempre decía que un libro no se acaba hasta que el lector lo lee. Así que,
gracias lector por elegir mi novela.

Siempre…a Mati compañera de vida.
Para Alba y Javier

…yo me esforzaré a decir una historia que, si la acierto a contar y no me van a la mano, es la mejor de las historias; y esteme vuestra merced atenta, que ya comienzo. «Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal, para quien lo fuere a buscar…»

Miguel de Cervantes

Prólogo a dos voces.

Los dos recibieron las páginas a la vez y las leyeron más o menos al mismo tiempo. Y hablaron.

—Oye, que el autor quiere que le hagamos el prólogo.

—Bueno, pues adelante.

—Pero prefiere que lo hagamos entre los dos.

—¿Por qué entre los dos?

—Pues porque cada lector se fija en una cosa. Si es uno solo, da su punto de vista y ya está. Pero si somos dos seguro que serán visiones diferentes.

—En cierto modo tiene razón. Unos lectores estarán de acuerdo contigo y otros conmigo.

—¿A ti qué te ha parecido? —inició el diálogo la primera voz.

—Bien. Pero hay diferencias respecto a la novela en que apareció el protagonista, Aquí…Lino, en *La danza de la tigrilla* —respondió la segunda voz.

—Eso es bastante normal, ¿no?

—Bueno, en alguna medida sí. Pero habría que detallar esas diferencias y explicarlas, en función del caso, el espacio, los nuevos personajes…

—¿A qué te refieres? —insistió la primera voz.

Por un rato se hizo el silencio. Fue como si no hubiera respuesta a la pregunta planteada. Tras una breve indecisión, la primera voz intentó un nuevo planteamiento.

—Es como el título. Si cambias de obra, cambias de título.

—No es lo mismo. Aparte de que hay autores que no lo hacen y se limitan a poner segunda parte, tercera parte…, no es lo habitual. En los personajes, por ejemplo, es totalmente distinto. ¿Tú crees que tienen que cambiar en función del caso al que se enfrentan?

Ahora fue la primera voz la que se mantuvo en silencio buscando una contestación adecuada. Hacía calor y fue a abrir una ventana que permanecía cerrada. El interlocutor pensó que hacía tiempo mientras se le ocurría una respuesta. Tal vez era cierto. Pero no tardó mucho en encontrarla. Al menos para salir del paso.

—A ver, en novelas policíacas que se sirven de los mismos personajes, estos pueden madurar, evolucionar, ofrecer otros perfiles de su carácter. Y después están los personajes nuevos, que aparecen con el nuevo delito o las nuevas situaciones. Estos aportan buena parte de los cambios y justifican la aparición de distintas características en los personajes ya conocidos.

Pero tienen que mantener la coherencia o justificar muy bien la transformación. A diferencia de las series de superhéroes, donde estos y sus oponentes suelen mantenerse fijos, aquí se conservan los "buenos" y se renuevan los delincuentes.

—En *La tigrilla,* Lino era un hombre idealista, que intentaba rehacer su vida y lo conseguía a base de convicción, fe en la justicia y deseo de ayudar en todas las circunstancias. No sé si aquí mantiene las mismas ideas.

La segunda voz carraspeó ligeramente antes de contestar y bebió un sorbo de zumo de naranja para aclararse las ideas. Luego comenzó dubitativa.

—Yo creo que la diferencia más llamativa con el primer libro es la pérdida de la ingenuidad. Tengo un amigo que entró en la policía por el deseo de ayudar a la gente y hacer justicia a los más débiles. Al cabo de algunos años, había perdido la brújula de sus ideales entre chanchullos, burlas y barbaridades de todo tipo. En la primera novela, Lino se había propuesto evitar los delitos antes de que se cometieran. Y así caía en cantidad de situaciones que producían cierta hilaridad y una gran ternura. Aquí la realidad le arrastra a la supervivencia. En cambio se mantienen intacto el vendaval de ironía de Bárbara, su secretaria, el cinismo amistoso del Chama y la justa entereza de Metronoventa, los tres hallazgos de la anterior novela.

—Cierto. Lino ha evolucionado, sigue siendo intuitivo, pero ya no tiene la inseguridad del primer libro. Se ha afianzado en el detective que quería ser y la verdad es que lo ha logrado. Tiene la inteligencia, la intuición y la memoria que en el primer libro, recién salido del accidente, le parecía faltar.

Efectivamente, el resto de personajes no cambia. Los reconocemos con gran regocijo por nuestra parte. La deslenguada y atrevida Bárbara sigue siendo para mí un personaje logradísimo, por ejemplo.

Después de la parrafada, la segunda voz hizo dos cosas. Primero volvió a la naranjada y, tras un rápido sorbo, planteó a su vez otra cuestión, antes de que lo hiciera la primera, que ya se disponía a hablar.

—¿Y a ti qué te parece la insistencia en el localismo del protagonista? Me refiero a la insistencia en plantear los casos del detective en un mismo pueblo, como si el espacio conocido fuera la fuente principal de los sucesos.

—Hombre, yo no lo veo mal. El espacio donde suceden los hechos, Cornellá en este caso, no estrecha su visión de las cosas. Creo que más que cerrar la perspectiva es el lugar desde que se entiende el mundo, su belleza, su maldad, su injusticia, su evolución. Es como poner el ojo en la pequeña abertura del objetivo de un periscopio. Desde él puedes descubrir el universo. Un caso extremo y magistral de esta utilización del espacio sería el Macondo aislado de los *Cien años de soledad*, de

García Márquez. Aparte de que aquí, el detective actúa en el radio circular de Barcelona a Madrid, y entra en contacto con la emigración, la droga, la trata de blancas y los temas eternos del amor y el desamor.

—Bueno, pues ahora que lo pienso, sí. Sí me gusta el espacio, porque es un entorno conocido, porque reconozco calles y lugares. Ir a tomarse una tapa o un sevillano, como se dice en la novela, al bar del *Albayzín,* tiene su gracia, ¿no?

—¿Y qué me dices del final? A mí me sorprende, por una parte, lo inesperado del desenlace. Y por otra, que como ya ocurría en *La danza de la tigrilla*, no se realiza esa "justicia poética", por la cual prevalece el bien sobre el mal, la justicia sobre el crimen, volviendo así a restablecerse el equilibrio roto por el delito. El final es imprevisto e imprevisible.

—Y ¿eso qué quiere decir? —dijo sorprendida la primera voz, por el vuelo inesperado de la segunda.

—Sencillamente que la novela deja a propósito cabos sueltos que suscitan inquietud y preguntas en el lector, que había sospechado otros desenlaces.

—Eso será para que los lectores ya imaginen que habrá una continuación.

—No creo. Parece más bien una característica original de sus relatos.

—Tal vez.

La primera voz sonó con tono de complicidad al plantear un último punto.

—Cambiando de tema. El otro día vi en la tv2 una entrevista que le hacían a Muñoz Molina en el programa *Encuentros* y le preguntaban entre otras cosas, por los títulos de sus novelas. Y el escritor respondió una cosa que me llamó la atención. Dijo que el título debe sugerir todo un mundo novelístico. Y poniendo como ejemplo sus primeras lecturas de adolescente, decía que títulos como *La isla misteriosa* o *Veinte mil leguas de viaje submarino,* de Julio Verne, le revelaron por ellos mismos la fuerza de la ficción. ¿A ti te gusta eso de La muerte llegó en patera?

—Yo creo que es un buen título. Tiene contundencia y otras cualidades que debe tener un título. Presenta temas y propone incógnitas. No revela su contenido, pero tampoco lo oculta. Sugiere posibilidades. Está en consonancia con el conjunto de la novela. Ofrece un tema de actualidad, la inmigración, que al mismo tiempo, es fundamental en el relato. En fin, que me parece adecuado —concluyó riéndose.

La primera voz le acompañó esta vez en la risa y la complicidad.

—Mira, creo que en definitiva a los lectores les va a gustar la novela. Primero porque conocen ya a varios de los personajes y valen la pena. Segundo porque el argumento no solo plantea temas de actualidad sino que engancha desde el principio. Y tercero porque este autor y este libro ofrecen ya buena parte de lo que prometían.

Se puede confiar en que seguirá respondiendo de sus promesas en el futuro.

—Brindemos, aunque solo sea con zumo de naranja, porque así sea.

1ª voz: Rafi

2ª voz: Paco

Faltaban quince de los veinticinco jóvenes africanos que zarparon juntos hacía tres semanas hacia el sueño europeo. Seis murieron de hambre y sed. Cinco perdieron toda esperanza después de días consumiéndose y quizás con el juicio nublado por un delirio, o quizás completamente lúcidos, o quizás simplemente desesperados saltaron al mar. Cuatro más fueron arrojados por la borda tras unas disputas por el control del cayuco.

Algunos móviles volvieron a sonar. Los supervivientes no coincidían en sus relatos en cuanto al tiempo que llevaban en el mar, sin motor, sin agua, sin comida…

La patera, con un motor fueraborda, cargada con diez fardos de hachís de diez quilos cada uno de ellos, y una bolsa llena con los veinticinco móviles de cada uno de los ilegales que llevaba el cayuco enganchado por aquel cable, tiraba de la esperanza de vida de aquellos jóvenes, procedentes de diferentes países africanos, de Senegal o Sierra Leona, de Túnez o Mali, de Mauritania, de Egipto, Chad, Sudan, Kenia, Congo, Nigeria... que ignoraban el cargamento que les precedía.

Cada uno de aquellos hombres había pagado dos mil euros al subir al cayuco. Les habían prometido que en cuestión de diez horas estarían en las Islas Canarias.

La diferencia esencial entre una patera y un cayuco, estriba en la capacidad para albergar a pasajeros. Las pateras podrían acoger alrededor de treinta migrantes. Se abastecen de un aprovisionamiento básico, usan un motor fueraborda, con lo que llegan a alcanzar una velocidad de seis nudos, es decir, unos 10 kilómetros en una hora.

El cayuco puede ser visualizado con más facilidad, y llega a trasladar a ciento cincuenta migrantes ilegales.

Los cayucos son utilizados habitualmente para la pesca.

El beneficio era redondo, hacían negocio con la droga y además se embolsaban los dos mil euros de cada uno de los embarcados irregulares.

Tiraban del cayuco hasta vislumbrar las costas canarias y los dejaban a la deriva, a la suerte de las corrientes. Si antes de llegar se topaban con algún guardacostas, soltaban el cable. La patera impulsada por el motor fuera borda se precipitaba hacia la isla, ya que los patrulleros estaban obligados a rescatar a los migrantes de los cayucos, pues la vida de estos corría peligro.

Los gritos de los jóvenes en dirección a la patera eran desesperados. Se habían aprovisionado para un día de travesía. Los más previsores lo habían hecho para dos o tres, y ya llevaban quince sobre aquellas aguas intranquilas.

Los dos traficantes, patrones de la patera, acostumbrados a escuchar los padecimientos de los migrantes,